

—Todo, en efecto.
 —Y, sin embargo, yo no puedo odiarte.
 Quisiera...
 —¿Qué?
 —Dirigirte una súplica.
 —¿Y es?...
 —Desearía, cuando estemos separados... pues que hemos de separarnos... recibir noticias tuyas... Esa herida...
 —Ya he dicho que no tiene gravedad.
 —¿Me prometes que me escribirás?
 —¿Para qué?
 —Para saber lo que es de tí.
 —No tiene objeto. ¿No lo hemos dicho hace un instante? ¡Todo ha concluido entre nosotros!
 —Sin duda; pero...
 —Eso sería reavivar recuerdos penosos, renovar dolores...
 —¿No quieres!
 Dantenac movió la cabeza.
 Matilde permanecía inmóvil con la frente inclinada hacia el suelo.
 El doctor había recogido sus instrumentos y cerrado su bolsa.
 Se inclinó profundamente ante la joven.
 Dantenac dió un paso hacia la puerta.
 —Adios—dijo.
 Matilde respondió como un eco:
 —Adios.
 La puerta se cerró entre ellos.
 En el portal se separaron los dos hombres, pero antes dijo el doctor:
 —Ya ve usted... lo que yo le decía, las

mujeres son incomprensibles. Y es adorable á fe mia, ¡encantadora!...

Pedro Dantenac se llevó la mano al pecho.

No era su herida lo que le molestaba, era su corazón.

Pero no volvió la cabeza atrás.

Llegó hasta la calle y desapareció.

XI

Rico y pobre.

• Los acontecimientos que acabamos de referir habían tenido lugar en breves instantes.

El barón Mosés acababa de entrar en su hotel.

Después de una corta visita á la habitación de su hijo, bajó á su gabinete tranquilo con las declaraciones del doctor Berard.

El estado del herido no ofrecía la menor inquietud.

Causedé, que en el momento de la llegada del padre, estaba al lado de Jacobo, se había encargado de los mil detalles que forman el acompañamiento obligado de estos accidentes de familia.

Habia que informar con discreción á la baronesa y á Raquel Mosés, que salían de la Opera en el momento de la catástrofe; inventar una causa cualquiera que diera la tranquilidad en el presente y garantías para el porvenir.

El viejo Mosés se había retirado diciendo al bearnés:

—Cuento con usted, ya sabe usted lo que debe hacerse.

Ya lo creo que lo sabía.

Caussedé respondió con una mirada, cuya elocuencia no dejaba nada que desear.

Aquella mirada parecía decir:

—Esté usted tranquilo, que aquí estoy yo.

Pero interiormente pensaba:

—Ocupate de tus cosas, que yo me ocuparé de las mías.

El viejo Mosés se sentó delante de su escritorio, y solo, descontento, con la mirada sombría y amenazadora, interrogaba al presente y al porvenir.

Uno y otro le inspiraban exclusivamente temores.

¡Aquella Benedetta! No le era posible triunfar de ella, y sin embargo, cada día que pasaba, sus deseos iban siendo más intolerables; se exasperaba su pasión ante los obstáculos que la virtud de la joven levantaba.

¡Aquel Dantenac también había querido encadenarle como tantos otros, y se había equivocado!

Aquel campesino se había convertido en una preocupación, una amenaza, un enemigo que poseía algunos de sus secretos.

¡Y Matilde, su hija! ¿Qué decidiría ahora que estaba enterada de todo?

¿Cuál sería su comportamiento con él?

La casualidad había querido que se enterase del secreto de su nacimiento.

Se arrepentía de aquella debilidad que podía serle tan funesta.

¿Por qué había hablado? ¿Qué fatalidad le había obligado a romper el silencio que guardaba tantos años?

¿Le perdonaría ella alguna vez aquella confesión tardía que, había causado su desesperación?

El viejo barón se perdía en un caos de conjeturas cuando el reloj dió las once.

Se levantó.

La soledad no le satisfacía.

Felizmente, la puerta se abrió y apareció en ella el fiel Próspero.

El rostro del banquero se tranquilizó.

Aquel era su confidente, el más íntimo de sus amigos quizá, si puede darse ese título á un simple criado.

—Preguntan por el señor barón—dijo.

—¿A estas horas?

—Sí, señor barón, á estas horas.

—¿Y quién es?

—El señor Dantenac.

—¡El!—exclamó el banquero, incorporándose á medias.

—El señor Dantenac insiste para ver al señor barón.

—Está bien. ¡Que entre!

Lagrippe salió un momento, y en seguida volvió á entrar, anunciando:

—El señor Dantenac.

El marido de Matilde estaba muy páli-

do. Había perdido mucha sangre, y su herida, aunque ligera, debía hacerle sufrir horriblemente, pero se presentaba muy tranquilo y completamente dueño de sí mismo.

—¡Usted aquí!—dijo el viejo Mosés.

—Sí, señor barón.

—¡En una casa adonde ha traído la desolación!

Dantenac respondió tranquilamente:

—Suplico á usted que considere que la provocación no ha sido mía; he sido ofendido, atacado.

—¡Mentira!

—Dantenac hizo un gesto de desdén.

—La mejor prueba de ello es que he recibido dos balazos, estando sin armas, en mi casa... Pero no he venido á quejarme... Ese es un asunto que hay que ventilar más adelante entre el ofensor y el ofendido.

El joven se expresaba con gran reserva y firmeza; pero en el fondo de aquella frase había una amenaza clara, evidente.

Aquello fué una imprudencia.

El viejo Mosés arqueó sus cejas cerdosas, y al mismo tiempo sus ojos tomaron una expresión de odio venenoso.

Estaba prevenido y esto era una ventaja.

—Además—continuó Dantenac—el que ahora viene aquí, no es el marido de su protegida, sino el empleado que usted ha enriquecido, el depositario de un puesto de confianza. Como nuestras relaciones

tienen que cesar necesariamente, vengo, para concluir sin demora, á entregar mis cuentas. Debía estar en este instante camino de Lisboa... Creo innecesario advertir á usted que no me iré.

—Ya contaba con ello—dijo el banquero en tono breve.—¿Es eso todo?

—Tengo que entregar á usted el dote que me entregó al casarme.

Y arrojó sobre la mesa un papel doblado en cuatro dobleces.

—Es la renuncia á todos mis derechos.—dijo.—La señora de Dantenac podrá disponer de su fortuna como ha dispuesto de su persona.

—¿Y adónde irá usted ahora?—dijo el barón.

—Tengo algunos asuntos que arreglar.

—¿De dinero?

—Esos los primeros.

—¿Y otros?

—Sí.

Pedro Dantenac miraba cara á cara al viejo Mosés.

—Tengo una misión que cumplir—dijo.

—¿Antes de marchar?

—Antes.

—¿Puedo conocerla?

—¿Por qué no?

Los dos adversarios eran fuertes y tranquilos. Tan impasible estaba el uno como el otro.

—¿Y qué es ello?—preguntó el judío.

—Una joven de mi país ha desaparecido.

—¿Cuándo?
 —Hace tres ó cuatro días.
 —¿Y vivía?...
 —En la calle de Visconti.
 —¿Quiere usted encontrarla?
 —En efecto, lo quiero.
 —¿Es pariente de usted?
 —Lejana; pero además era la prometida de mi hermano, Juan Dantenac...
 —El guía de Luchón.
 —Precisamente.
 —¿Usted ignora lo que ha sido de ella?
 —Lo ignoro hoy día, pero lo sabré mañana.
 —¿Porque medio?
 —Ese es mi secreto... Permítame usted que lo guarde.
 —¿Y después?
 —Trataré de arrancarla de las manos en que ha caído y la acompañaré á mi país, de donde nunca debimos salir, ni unos ni otros... Adiós, señor barón.
 —¡Adiós!
 No había provocación alguna en las palabras de Dantenac, nada de fanfarronería, nada más que una firme seguridad. Saludó al barón como un duelista saludado á su adversario antes de cruzar las espadas, y se dispuso á salir.
 El barón no hizo ningún esfuerzo para detenerle.
 Llamó.
 Inmediatamente se presentó Lagrippe.
 —Acompaña al señor Dantenac—le dijo el barón.

Y añadió vivamente, en voz baja:
 —Vuelve en seguida.
 El normando ejecutó lo mandado con prontitud.
 En cuanto apareció, le dijo el viejo Mosés:
 —Hay que seguir á ese hombre; quiero saber dónde va.
 El amo y el criado se entendían con media palabra.
 Lagrippe se puso un abrigo gris, y salió en persecución del joven.
 No era difícil alcanzarle.
 Pedro Dantenac caminaba lentamente, con la mano izquierda apoyada en la herida.
 En la calle le esperaba un carruaje, un alquilón pintado de amarillo, arrastrado por un caballo flemático, dotado de la paciencia necesaria á estas víctimas de la civilización.
 Si Próspero hubiera estado más cerca del hombre que tenía que vigilar, hubiera oído dar estas señas al cochero:
 —Plaza Louvois, hotel Louvois.
 Y hubiera podido ahorrarse el paseo.
 Pero estaba observando la salida de Dantenac desde la portería.
 El coche se puso en camino al paso á fin de evitar al herido sacudidas y estremecimientos dolorosos.
 Lagrippe encendió un cigarrillo y siguió al carruaje como un paseante distraído que toma el fresco de la noche.
 Mientras tanto, el viejo Mosés, con los

codos apoyados en la mesa y la cabeza entre las manos, meditaba.

¡Aquél Dantenac era un peligro!

El judío se repetía esta frase con el estupor del condenado que ve en su último sueño, intermitente, lleno de espectros, la silueta amenazadora del verdugo.

Benedetta tenía á aquel hombre por defensor.

Todo desaparecía para el viejo Mosés delante de esta idea; su hijo herido, su hija Raquel condenada por los médicos; la otra, Matilde, irritada contra él, el escándalo de la calle del Circo y el drama de incesto involuntario causado por su disimulo y sus mentiras.

Un ligero ruido le sacó de sus meditaciones.

Era el normando que volvía.

—Y bien...—preguntó el barón.

—Ha seguido á ese Dantenac.

—¿Dónde vive?

—Plaza Louvois, hotel Louvois.

—Está bien... mañana... dirás que venga Brichard.

El banquero se levantó; sus cejas se juntaban; su frente estaba cubierta de profundos surcos; estallaba su indignación contra aquel desgraciado que se había atrevido á desafiarse en su propia casa, despreciando todo su poder.

Y Lagrippe, que le seguía con la mirada, le vió volverse en la puerta de su gabinete, repitiendo:

—¡Hasta mañana!

XII

Menudencias.

A las ocho de la noche, cuando las modistas y los jornaleros se dirigen apresuradamente á su casa en busca de la cena, el padre Jeromo, plantado en el portal de su casa, con la pipa entre los labios, contemplaba melancólicamente la calle desierta, cuando dió un paso atrás como si hubiese distinguido en la extremidad, hacia la calle Bonaparte, la propia cabeza de Medusa.

Era el marqués Huberto de Caussédé, que acababa de aparecer.

El padre Jeromo se vió obligado á esperar al propietario.

Sentía vivísimos deseos de largarse.

¡Imposible!

Al mismo tiempo que el marqués, llegó el cartero, que sacando un sobre le entregó al portero, diciendo:

—Para la señorita Soubére.

Y siguió andando.

—¿Y qué tal sigue la señorita Soubére—preguntó Caussédé al sastre, que hubiera querido ser el demonio, tanto más cuanto que el marqués tenía un aspecto excesivamente burlón.

—Supongo que bien, señor marqués.

—¿Cómo que lo supone usted, señor Jeromo?...

—Naturalmente, señor marqués.